

NIVELACION GEOLINGÜÍSTICA Y LENGUAS EN CONTACTO

I. PROPÓSITO

1. Con el presente trabajo quisiera aplicar algunos conceptos fundamentales de la sociolingüística a la dialectología. El empeño ha de ser forzosamente modesto, limitado; no solamente por tratarse de un ensayo, sino porque no descansa sobre un acopio completo de datos previos (sin que se pueda llamar, con todo, un trabajo indocumentado, como se verá). Tampoco es mi intención construir una disquisición de índole teórica sobre el tema anunciado. No lo permitiría el carácter sumamente realista de todo lo que habrá de aparecer a continuación, tanto de dialectología como de sociolingüística. Ni andamos tampoco tan rebosantes de información sobre la línea en que se interfieren el plano dialectológico y el sociolingüístico.

La idea del presente trabajo nació también de una intersección. Yo me encontraba elaborando un pequeño estudio, de naturaleza afín al presente, pero limitado a unos ejemplos concretos (para cuya interpretación, empero, me vi obligado a elevarme un tanto, por encima de los datos aducidos)¹, cuando el anuncio de este Simposio sobre «Variedades espaciales y sociales de las lenguas», al que fui cordialmente invitado, me deparó la oportunidad de traer aquí algunas consideraciones que se me habían ocurrido durante la redacción de aquel trabajo. Mi intención en éste es, pues, visto lo que

¹ Sobre el procés d'anivellament del vocabulari rural català, *Presentació i comentari d'un cas concret* [«mongeta»/«fesol»]; aparecerá en la Miscelánea Jean Séguy *in memoriam*, que edita la Universidad de Toulouse [Abrev. aquí = *Anivellament*].

ocurre con algunos casos concretos (como el que examiné entonces, y algunos otros en relación), proponer unos conceptos de «socio-dialectología» y unas líneas de trabajo subsiguientes. No negaré que abrigo la ilusión de contribuir, aunque sea muy modestamente, a establecer un método que nos ayude a seguir, con una cierta soltura, caminos no demasiado trillados, cuyo conocimiento renovará la algo vieja dialectología y delimitará la harto nueva sociolingüística.

2. Para realizar el cometido anunciado, me ha parecido adecuado hacerlo dentro del dominio lingüístico catalán. Son varias las razones con que puedo justificar mi elección. Algunas son bien personales, como se ve por el origen anecdótico de la presente contribución (que, como ya he dicho, resulta en cierto modo de continuar y ensanchar un pequeño estudio anterior, que ya era de tema catalán), o porque el panorama dialectal catalán me resulta menos remoto que otros. Otras razones son más objetivas, como la extensión más bien reducida del dominio lingüístico catalán, o su posición muy céntrica dentro de la Romania occidental (ambas particularidades han sido subrayadas tradicionalmente por los romanistas, como muy a propósito para ensayos de tipo metodológico); o, todavía, el hecho de que se trate de un territorio relativamente conocido, desde el ángulo de la dialectología, o mejor dicho, más conocido que otros (lo cual hace que, pese a reiteradas e importantes lagunas que aun subsisten, muchos datos se encuentren en situación de parcialmente identificados, o por lo menos de no totalmente sin identificar). Con todo, y además de las razones aducidas, resulta que, desde el punto de vista sociolingüístico, la dialectología catalana presenta dos características (el dominio lingüístico es sobremanera macrocéfalo; la estructura lingüística, pese a las variantes geográficas, es fundamentalmente muy unitaria; sobre ambas me extenderé más abajo, §§ 19-20), que se prestan como pocas para estudiar un proceso de nivelación. Por todo ello, mi contribución va a discurrir dentro del ámbito catalán, lo cual, dadas las facilidades que esta circunstancia me depara, me compromete a que no se puedan atribuir eventuales desviaciones o errores más que a mi propia manera de interpretar los hechos.

Me impongo, todavía, una nueva limitación: aquí no voy a tomar en consideración más que el catalán del Principado, es decir el de

la Cataluña estricta. Por dos poderosas razones. Primera razón: las otras grandes regiones de la lengua (el País Valenciano, las Islas Baleares, la Cataluña septentrional) —y cada una de ellas por motivos diferentes— se encuentran bajo condicionamientos de índole variada (históricos, culturales, psicosociológicos) que obligarían a plantear los procesos que estudiamos a continuación bajo ópticas específicas; con ello, y sin que deje de existir, en las regiones mencionadas, la llamada nivelación lingüística, ésta difiere de una a otra, queda a veces mediatizada y siempre presenta, al parecer, resultados difíciles de comparar (por lo menos dada la información con que contamos hoy). La segunda razón es exclusivamente lingüística: la frontera dialectal más importante que quepa establecer dentro de nuestro dominio lingüístico es la que separa catalán oriental y catalán occidental; pues bien, dicha frontera discurre toda ella, desde el Pirineo (cortando el curso alto del Segre) hasta el mar (al oeste del Campo de Tarragona), siempre dentro de Cataluña. Ambas razones hacen aconsejable que, en un trabajo que no es más que una propuesta de método, procedamos sólo a una parte de lo que sería una empresa más ambiciosa, y que aquí intentemos medir las fuerzas relativas de «nivelación lingüística» frente a «frontera dialectal», contienda que, como digo, se dirime, por lo que respecta al límite más característico, dentro de la Cataluña estricta.

No se me oculta, sin embargo, una dificultad grave; ocasional, si se quiere, pero grave, a fin de cuentas. Y lo digo ya de una vez por todas. El carácter todavía incompleto del nuevo atlas lingüístico catalán, o, más que incompleto (afortunadamente son ya contados los puntos aun sin explorar), habría que decir «inconsultable», porque hay un cierto número de localidades cuyas encuestas, de la primera época, habiendo sido grabadas en buena parte en cintas magnetofónicas, esconden todavía como un misterio los datos recogidos (y lo más grave es que esos puntos forman a veces zonas compactas, como ocurre con el Vallés, Pla de Bages y la Plana de Vic)². La situación, provisionalmente fragmentaria, del nuevo atlas catalán es la que nos

² A. M. Badia Margarit - Joan Veny Clar, *Atlas Lingüístic del Domini Català. Qüestionari*, Barcelona, 1965 (contiene 2.096 preguntas). Empezadas las encuestas en 1964, en la actualidad (fines de 1975) quedan sólo unas pocas, pendientes de realización. Se ha empezado a trabajar en la preparación, forzosamente lenta, de los borradores de los mapas.

impide documentar, tan abundantemente como tal vez convendría hacerlo, unos comportamientos que, por haber sido comprobados en otros casos, serán presentados aquí a grandes rasgos, a partir, como digo, de soluciones fehacientes.

3. De cuanto precede, se infiere que, por más que quisiera, no puedo en modo alguno pretender haber realizado un trabajo definitivo. Ni mucho menos. Ya lo decía antes: se trata tan sólo de proponer unos conceptos y unas líneas de trabajo. Va sin decir que no es una propuesta gratuita; al contrario, supone mucha reflexión y el análisis de casos concretos. Partiendo del estado dialectal recibido (§§ 4-9), examinamos por qué se quiebra su equilibrio, es decir, cómo se crea un nuevo estado dialectal (§§ 10-17), que ya ha sido objeto de nivelación geolingüística, desde un centro de irradiación (§§ 18-22). Aquí se nos planteará un problema de método, ante la duda de si la nivelación es debida a la dinámica interna de la lengua (difusión de la lengua «standard») o si procede de un elemento exterior (difusión de castellanismos) (§§ 23-25). De todo ello, por fin, intentaremos llegar a una conclusión (§ 26)³.

II. GEOLINGÜÍSTICA ESTÁTICA: EL ESTADO DIALECTAL RECIBIDO

4. Juzgo innecesario explicar aquí qué entiendo por «estado dialectal recibido», y dar indicaciones bibliográficas detalladas, que están en la mente de cuantos lean estas páginas y que se pueden encontrar con facilidad⁴. Me refiero a la dialectología catalana, ya

³ Abreviaturas bibliográficas: *ALCat* = *Atlas Lingüístic de Catalunya* (véase nota 5); *ALDC* = *Atlas Lingüístic del Domini Català* (véanse notas 2 y 14); *Anivellament* (véase nota 1); *BDC* = *Butlletí de Dialectologia Catalana* (véase nota 4); *DCBV* = *Diccionari Català Valencià Balear* (o de Alcover-Moll), 10 vols., Palma de Mallorca, 1930-1962; *Gr. hist.* = mi *Gramática histórica catalana* (véase nota 4); *RFE* = *Revista de Filología Española*, Madrid; *RLiR* = *Revue de Linguistique Romane*, Lyon-Estrasburgo.

⁴ Véanse el *Butlletí de Dialectologia Catalana* (= *BDC*), Barcelona, 1913-1936 (el tomo 21, 1933, está enteramente dedicado a los *Índexs generals dels vint primers volums*); el *Diccionari Català Valencià Balear* per A. M. Alcover i F. de B. Moll, I, 1930 (págs. XVI-XXI; págs. XXII-XXIV de la 2.^a ed., 1968); A. M. Badia Margarit, *Gramática histórica catalana*, Barcelona, 1951 y F. de B. Moll, *Gramática histórica catalana*, Madrid, 1952 (y la bibliografía citada en ambas).

prefigurada en una vieja contribución de Milà y Fontanals (quien habló, el primero, de catalán oriental y catalán occidental), y que ha ido siendo estructurada, durante largos años, y con los consiguientes altibajos (de interés, de rigor, etc.), por obra de A. Alcover, A. Griera, P. Barnils, P. Fouché, J. Corominas, F. de B. Moll, M. Sanchis Guarner, H. Kuen, F. Krüger, entre muchos otros, y que ha quedado estructurada y sintetizada (es decir, descrita, fija, como ya inamovible) en el diccionario de Alcover-Moll (= *DCVB*) y en las dos gramáticas históricas de que disponemos (la de F. de B. Moll y la mía, aparecidas, respectivamente, en 1952 y en 1951), y que podemos cifrar en el *Atlas Lingüístic de Catalunya* de A. Griera⁵. Pese a los graves defectos (de información, de método y de elaboración) que con toda justicia se le han podido reprochar, el atlas de Griera es el mejor exponente de lo que yo llamo el estado dialectal recibido (y que aquí podemos aceptar, en esta calidad de exponente, ya que no se trata ahora de partir de los datos concretos que suministra). Y exponente, también, de la época: el atlas de Griera, que hay que situar hacia 1920, representa un mundo dialectal que yo considero que empieza a agrietarse hacia 1930 (como veremos, § 10).

Aprovecho la presente oportunidad de mirar hacia atrás (y con una perspectiva de objetividad, no sólo por la lejanía cronológica, sino porque pienso que la realidad dialectal catalana de hoy va siendo muy otra), para ensayar un pequeño juicio global sobre la tarea llevada a cabo por los dialectólogos catalanes. Pienso, sinceramente, que nosotros, los lingüistas catalanes, hemos hablado demasiado de nuestros dialectos. No se me oculta que a comienzos de siglo la expresión «dialectología» estaba de moda. Así al iniciarse, en 1909, una asociación de romanistas europeos, la empresa cristalizó en la «Société de Dialectologie Romane», (que publicó la *Revue de Dialectologie Romane*, Bruselas, de 1909 a 1914). De no haber desaparecido dicha «Société» (cosa que ocurrió, y no por razones científicas), quizás seguiría existiendo, todavía hoy, con el viejo nombre, testimonio de su época. Hoy tenemos en su lugar, y con el mismo espíritu, la «Société de Linguistique Romane» (desde 1925). Todo

⁵ A. Griera, *Atlas Lingüístic de Catalunya* (= *ALCat*), vols. I-IV, Barcelona, 1923-1926 (en 1936 se encontraba en curso de impresión el vol. V). Las encuestas del *ALCat* fueron realizadas entre 1912 y 1922. Posteriormente, el propio A. Griera completó su interrumpido atlas.

esto viene a demostrar que el hablar, en la Barcelona de hace sesenta y setenta años, de «dialectología» y el bautizar con el título de *Bulletí de Dialectologia Catalana*, en 1913, una de las primeras revistas de romanística del país, eran signos de modernidad, de lo que hoy llamamos «estar al corriente».

5. Ahora bien, la orientación predominante, rayana en exclusiva de la dialectología, produjo un desequilibrio, en su favor, en toda la bibliografía lingüística catalana: presentaciones de conjunto de los grandes dialectos, monografías de hablas comarcales, incluso el descubrimiento de algunos rasgos locales, todo estaba en función únicamente de la visión geográfica de la lengua, visión que venía a ser consagrada por el atlas lingüístico. Y, para colmo, al emprender Pierre Fouché la primera gramática histórica catalana, él mismo sucumbió a la fuerza del ambiente, titulado *Phonétique historique du roussillonais* y *Morphologie historique du roussillonais* (ambos publicados en 1924), dos libros que, pese a que en el título sólo mencionen una variedad dialectal, la de la llamada Cataluña francesa o septentrional, constituyen la primera obra de conjunto de lingüística histórica catalana, y que, en otras circunstancias ambientales, se hubieran titulado «Gramática histórica catalana», que es lo que son, en realidad, como saben muy bien todos los que los han manejado. La atención prestada, durante casi medio siglo, a la dialectología catalana, acrecentada por el importante foco de Alcover, en Mallorca (con sus «eixides filològiques» y sus «escorcolls dialectals»), hizo que, al emprender F. de B. Moll y yo mismo sendas gramáticas históricas, uno de cuyos objetivos (sin duda más en la mía que en la de Moll) era el reflejo y la síntesis de la bibliografía existente, nos viésemos obligados a presentar la dialectología como el campo más importante de toda la lingüística catalana. Todo ello, que no puede escapar a nadie que se documente convenientemente, ha podido sugerir —y, de hecho, ha sugerido, en ocasiones— que la lengua catalana adolece de falta de unidad, y se encuentra, por tanto, fragmentada en varios dialectos (lo cual equivale a decir que no existe como lengua de cultura). Como éste es, por otra parte, el primer diagnóstico que suele poder hacerse de cualquier lengua no estatal, resulta que un examen superficial de la situación, hecho, naturalmente, de puertas afuera, parece abocado de modo inevitable a establecer la

única conclusión coherente. Pero en el caso que nos ocupa, el diagnóstico de la fragmentación es improcedente, ya que el catalán es una lengua muy unitaria (e insistiremos en ello, § 20), como igualmente improcedente sería poner en duda su condición de lengua de cultura. Por tanto, no se puede llegar a la conclusión que hubiera parecido la única coherente. Pues bien, como vemos, los dialectólogos catalanes han contribuido, con su exclusivismo, a que una tal apreciación se abriese camino⁶.

6. Las cosas se complicaron por dos razones. La primera, que la actividad dialectológica no se veía compensada por la de otras metodologías (no diré que éstas no existieran, pero es evidente que no pesaban lo suficiente para contrarrestar), con lo cual la lingüística catalana seguía siendo inevitablemente «dialectología». La segunda, que la actividad dialectológica fue siempre muy inmovilista (extremadamente fiel a la geografía lingüística de Gillieron, a la monografía dialectal y a la tendencia llamada «Wörter und Sachen»), con lo cual la lingüística catalana seguía siendo inevitablemente «una sola dialectología».

Ambos caracteres, exclusivismo e inmovilismo, acarrearón consecuencias negativas importantes para la propia consideración de los hechos dialectales inventariados. Por eso hablo de «geolingüística estática». La situación dialectal descrita entre 1910 y 1920 ha sido reiteradamente confirmada. Dentro de esa unanimidad en la presentación de datos, sólo se producían rectificaciones cuando alguien podía demostrar que un determinado rasgo (que hasta entonces formaba parte del acervo dialectal recibido) no era más que el resultado de una audición defectuosa de un sonido, o de una formulación

⁶ Aprovecho la ocasión para reconvenir amablemente a la *Revista de Filología Española*, tan acreditada y tan solvente, por obstinarse en mantener, en la sección de Bibliografía, la denominación «catalán-valenciano» para la unitaria lengua catalana (comp., entre otras muchas citas que se podrían hacer, la de mi *Gr. hist.*, pág. 69, nota 3), cosa que, por más que no lo sea, como sabemos muy bien, podría parecer aplicación intencionada de la deformación bibliográfica ofrecida desde el propio dominio lingüístico catalán. La presente reconvencción no me parece fuera de propósito, tanto porque todo es, en definitiva, sociolingüística, como porque ilustres miembros de las Academias Española y de la Historia estamparon su firma, hace unos meses, al pie de un documento que declaraba explícitamente la catalanidad lingüística del valenciano. Conveniría pues que la prestigiosa revista madrileña no contribuya más a fomentar un confusionismo tan peligroso como ineficaz.

impropia de una pregunta, etc.; entonces, se substituía el dato, y se daba por buena la operación realizada mediante el trueque. Pero, dejando aparte esas rectificaciones de hecho (siempre atribuidas a defectos del investigador, nunca a modificaciones de la realidad), la situación dialectal descrita era considerada maravillosamente inmodificable, y, al parecer, inmodificada se transmitía de generación en generación. Que yo sepa, hasta la década de 1950 a 1960, es decir en casi medio siglo de dialectología catalana (período que excede del que se suele atribuir a una generación), nadie se había planteado si no ocurrían entre nosotros modificaciones como las que l'Abbé Rousselot había descubierto y estudiado en el seno de una misma familia en Cellefrouin, en el último tercio del siglo pasado; o como las pronunciaciones, típicas de una generación, que observó, en Charney, en el cantón de Friburgo (en Suiza), E. Hermann, en 1929, en relación con las que había descrito L. Gauchat veinticinco años antes⁷. No. La dialectología catalana se consideraba como un conjunto ya inventariado, que seguía siendo igual a sí mismo.

7. He aquí un par de ejemplos. De momento, la distinción entre *b* (bilabial) y *v* (labiodental) en el Campo de Tarragona. Dejando ahora lo que ocurre en las otras zonas que conservan la *v* labiodental (hablas baleares, el valenciano no «apitxat», el alguerés), hoy sabemos bien que el habla tarraconense acusa una fuerte tendencia a la igualación *b* = *v*, por la cual, dentro de una casuística muy matizada (que depende de las localidades, de las propias palabras en que el sonido se encuentra, incluso de la situación)⁸, las generaciones jóvenes han sido ganadas por la igualación (que en parte también afecta a las generaciones adultas, pero no a los ancianos). Este fenómeno no ha aparecido de súbito. Tenemos informaciones de que, como todos los cambios articulatorios comparables, la igualación de ambas labiales se ha ido fraguando muy lentamente (como

⁷ L'Abbé Rousselot, *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)* (thèse), Paris, 1891, 372 págs.; Walther von Wartburg, *Problemas y métodos de la lingüística*, trad. de Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo, anotado... por Dámaso Alonso, Madrid, 1951, páginas 58-59.

⁸ Me baso ahora en datos de Daniel Recasens, estudiante del último curso de Filología Románica en la Universidad de Barcelona, que tiene en curso de elaboración un trabajo sobre este tema.

se comprueba por la situación actual, que divide la población de muchas localidades en un tercio que iguala $b = v$ frente a dos tercios que distinguen b/v , a veces se trata de dos mitades casi iguales, etc.). Pues bien, ya forzosamente en curso el proceso de igualación $b = v$ en Tarragona, nuestros trabajos de dialectología seguían ignorándolo, en parte por la influencia psicológica de lo que yo llamo aquí el «estado dialectal recibido» (con unas fronteras ya establecidas por Alcover, y por cierto, muy bien establecidas), y en parte porque, en la duda, los dialectólogos siempre han tenido el prurito de cerciorarse con los informantes de edad más avanzada, cosa que hacía imposible verificar casos de igualación. El hecho es que nuestro nuevo atlas, inspirado por principios metodológicos no siempre coincidentes con los tradicionales, va a dar, a este respecto, una imagen muy distinta de la recibida hasta hoy.

El segundo ejemplo escogido llega a tener ribetes grotescos. Pienso en el artículo derivado de IPSE en la Costa Brava (provincia de Gerona). De entrada, uno ya se pregunta si no fueron un tanto exagerados, los que establecieron los dialectos y subdialectos de la lengua y cartografiaron sus extensiones, al establecer un subdialecto, todo un subdialecto —el llamado *salat*⁹—, por este rasgo morfológico, cuando ello obligaba o a darle, sobre el mapa, una extensión mayor de la que en realidad tenía, o a reconocer que constaba de algunos pequeños territorios costeros, con solución de continuidad entre ellos. Pero es que, además, el rasgo *salat*, en el mismo momento en que se le reconocía tanta importancia, estaba ya en trance de rápida desaparición. El testimonio de unos cuantos nombres de lugar (como *Sa Tuna*, *Sa Riera*, etc.), y el hecho de que el escritor Joaquim Ruyra (de Blanes) lo hubiese puesto en boca de algunos de sus pescadores, parecían hacer creer a algunos que los ampurdaneses volverían a *salar* o que todavía *salaban*. Incluso, ya empezado el «boom» turístico en la Costa Brava, no faltó quien intentara promocionar el uso de *es* y *sa* entre las gentes de Tossa, Llafranc, Torroella de Montgrí y Roses, para estimular el interés de los curiosos extranjeros, como si se tratara de la barretina o de la sardana —con

⁹ Véanse las gramáticas históricas catalanas, el DCVB y, más concretamente, X. Carbó, *Els pobles de la Costa de Llevant que usen els articles es i sa*, BDC, 6, 1918, págs. 15-16, y P. Barnils, *Dialectes Catalans*, BDC, 7, 1919, págs. 3-5.

todos mis respetos para con ellas... Pues bien, todo el mundo ha ido repitiendo que el «parlar *salat*» era un subdialecto del catalán oriental. Yo mismo, al redactar mi gramática histórica (aparecida en 1951), a pesar de estar convencido de que el *salat* carecía de consistencia para figurar como un rasgo válido, y que en los más de los casos era un simple recuerdo del pasado, escribí textualmente: «se singulariza por el uso del artículo derivado de IPSE, rasgo que, por otra parte, está en franca decadencia»¹⁰. Esto dije; y lo dije para reflejar la bibliografía existente, pero también por una especie de respeto al «estado dialectal recibido», más difícil de describir que de obedecer. Y confieso haberle obedecido en alguna otra ocasión, todavía, a propósito de rasgos dialectales catalanes.

8. La cosa es seria. La dialectología catalana ha sido establecida correctamente. No seré yo quien ponga en tela de juicio la enorme obra de nuestros dialectólogos. Su falta, en todo caso, no ha sido de descripción, que era fiel, sino de visión, que era corta. No tuvieron en cuenta que las hablas vivas, como vivas que son, se modifican. Creyeron que porque, cuando ellos hicieron sus encuestas en el Campo de Tarragona, la gente distinguía entre *b* / *v*, el catalán de Tarragona iba a distinguir las dos labiales para siempre jamás. Y lo mismo con el *salar* de la costa ampurdanesa. Y estos rasgos podían haberse conservado, pero también podían no conservarse. Y no se han conservado. O sea que la dialectología catalana, bien descrita en su momento, se ha visto desfasada: era veraz, pero ya no era actual. Era veraz, con respecto a la época en que se estableció, pero, en realidad, últimamente ya no retrataba con fidelidad la situación de los dialectos y hablas. Es decir que, en rigor, ya no era veraz.

Por eso, cuando, hace poco más de diez años, emprendimos el nuevo atlas del dominio catalán, empezamos a ir de sorpresa en sorpresa. Por suerte, los contactos con otras personas que también se ocupaban de dialectología nos permitieron ver que nuestras sorpresas, ciertamente justificadas, no eran fruto de alucinaciones, sino que todo se explicaba porque la realidad no era como nosotros la suponíamos. Lo cual nos causaba a su vez una sorpresa todavía mayor. Nosotros íbamos a las zonas dialectales con la «lección aprendida», pensando, de momento, comprobar una situación cono-

¹⁰ *Gr. hist.*, § 22,2, pág. 75.

cida, y, además, dispuetos y deseosos de recoger matices nuevos, de rectificar fronteras, de inventariar datos inéditos. Por cierto que entonces ya se comentaba en Barcelona que la frontera entre catalán oriental y catalán occidental era, por la parte norte (es decir entre la Cerdanya, oriental, y el Alt Urgell, occidental), menos fija de lo que los mapas y la tradición histórica nos enseñaban, y que, por lo que respecta a la vocal neutra [ə] (del oriental), frente a la distinción entre *a* / *e* átonas del occidental, aquel sonido se oía en la Seu d'Urgell y en Andorra (baluartes originarios del catalán occidental). ¡Pero, poco tiempo después, nosotros mismos oíamos, pasmados, articular la vocal neutra [ə] en el propio Segrià, junto a Lérida! No de modo sistemático, claro está, sino muy esporádicamente, pero ahí estaba un sonido que poco antes, nosotros, que no en vano nos conocíamos la bibliografía del caso, hubiéramos jurado que no era dable escuchar allí.

9. Como es obvio, nadie pensó ni un momento que estos fenómenos se hubiesen producido, como quien dice, de la noche a la mañana. Se trataba, tenía que tratarse de transformaciones que se habían ido produciendo a través de unos procesos. Pero tampoco podían haberse producido con excesiva lentitud. De otro modo, no hubieran pasado inadvertidas a los conscientes dialectólogos que habían caracterizado nuestras hablas vivas. No, las transformaciones aludidas, si no habían sido momentáneas, tampoco podían tener un origen muy remoto. Había que admitir que algo, y muy importante por cierto, había cambiado en las últimas décadas.

Me interesa decir, y espero que todo el mundo me comprenderá, que la actitud de apertura ante la nueva situación dialectal vino determinantemente señalada, en un momento en que yo todavía me sentía muy atado a la tradición dialectológica, por nuestro grupo universitario barcelonés: Juan Veny (que se mostraba totalmente desprovisto de dogmatismos, utilizaba sujetos de todas las edades —superando el mito del «informante ideal», obligadamente anciano—, y reconocía científicamente muchos casos de nivelación)¹¹; Ra-

¹¹ Juan Veny Clar, *Paralelismos léxicos en los dialectos catalanes*, RFE, 42, 1958-1959, págs. 1-59; 43, 1960, págs. 1-86; véanse, entre otros, los paralelismos de *petó* 'beso' (§ 20), *pantalons* (§ 31), *alcalde* (§ 62), *moll* 'blando' (§ 101), *tardor* 'otoño' (§ 109), *gos* 'perro' (§ 126), *buscar* (§ 138), etc.

món Cerdà (que, mientras yo seguía aferrado a la visión tradicional de que la /x/ del castellano se convertía en catalán popular en [k], y citaba los archisabidos ejemplos de *maco*, [ləkíə] por *lejía* y [kefe] por *jefe*, afirmaba, con tanta independencia como objetividad, que al catalán de «hoy» no parecía repugnarle la adopción de la velar fricativa sorda [x])¹²; Joaquim Rafel Fontanals (que, convertido, por su esfuerzo, en el mejor conocedor del Bajo Aragón de habla catalana, no vacilaba en manifestarse fiel a los datos por él recogidos, aunque así tuviera que contradecir a dialectólogos de prestigio)¹³. ¿Para qué continuar? Afortunadamente, dicha actitud de apertura presidió la orientación del nuevo atlas catalán, entre cuyos principios metodológicos figuran la incorporación de sujetos informantes de edad madura (y no necesariamente viejos) y, por lo que respecta a la selección de localidades, la combinación alternante de pueblecitos recónditos y las capitales comarcales y aun de provincia (por la convicción de que, si aquéllos pueden aportar el testimonio de estados lingüísticos arcaicos, éstas, convertidas en focos de propagación de barcelonismos y de castellanismos, pueden indicar adónde parece inclinarse la lengua de mañana)¹⁴. Esto lo dijimos, hace más de quince años, en el Congreso de Romanística de Lisboa (1959). Aun no habíamos empezado las encuestas. La actitud mencionada y el trabajo realizado (y lo puedo afirmar yo con la independencia del que, sintiéndolo mucho, ha tenido que separarse un tanto, en los últimos años, de la entrañable familia del atlas, por razones profesionales) permiten afirmar que, si el «estado dialectal

¹² Ramón Cerdà Massó, *Apreciaciones generales sobre cast. /x/ → cat. [x] en el Campo de Tarragona*, *RFE*, 50, 1967, págs. 57-96. Por mi parte, yo había recordado que «la adaptación popular de la j [en catalán] es la velar oclusiva sorda: cast. *lejía* [ləkíə], cast. *jefe* [kɛfə]; en algunos casos se encuentra muy generalizada esa adaptación, como *maco* < cast. *majo*»; sin embargo, no había dejado de establecer que la [x] «aparece en palabras... que más o menos se usan en determinados casos en el habla catalana más corriente: cast. *zanjar*, cast. *jalea*» (*Gr. hist.*, § 38,6, pág. 110).

¹³ Joaquim Rafel Fontanals, *La lengua catalana fronteriza en el Bajo Aragón meridional. Estudio fonológico*, tesis doctoral, leída en la Universidad de Barcelona, el 8 de octubre de 1973 (en prensa). Y otros trabajos suyos que irán apareciendo.

¹⁴ A. M. Badia-Margarit, G. Colon, Manuel Companys, J. Veny Clar, «Atlas Lingüístico del Domini Català». *Estado de los trabajos. Principios metodológicos*, en *IX Congreso Internacional de Lingüística Románica* [Lisboa, 1959], *Actas*, vol. III (= *Boletim de Filologia*, XX), Lisboa, 1962, págs. 121-126.

recibido» podía cifrarse en el atlas de Griera, el nuevo atlas catalán será exponente y reflejo de una nueva situación dialectal, la que se está fraguando a resultas de lo que yo llamo la «quiebra del equilibrio dialectal» (como veremos a continuación, §§ 10-17). Con ello, un nuevo justificante del atlas (de su necesidad y oportunidad), y no precisamente el menos fundamental, viene a añadirse a la lista que presentara Juan Veny en el Coloquio de Catalán de Estrasburgo (1968)¹⁵.

III. GEOLINGÜÍSTICA DINÁMICA: POR QUÉ SE QUIEBRA EL EQUILIBRIO DIALECTAL

10. Considero que la época en que la «dialectología recibida» se resquebraja es la que comprende, más o menos, las tres décadas que van de 1930 a 1960. Por supuesto, y como todo el mundo adivina, las causas de la crisis dialectal no son lingüísticas sino sociológicas. Son de diversa índole; sin pretensión de agotarlas, señalaré las que me parecen más importantes (políticas, administrativas, culturales, sociales, económicas, sin olvidar el complejo factor de la «guerra civil»). Mi idea es que, a partir de hacia 1930, empiezan a sedimentarse, sobre el cuerpo social de la lengua (que había cristalizado, desde siglos, en unas modalidades lingüísticas y dialectales), unas cuantas circunstancias, que, antes, nunca se habían dado, por lo menos con la intensidad con que se presentaban entonces, y que, además, ahora se daban reunidas (o separadas por pocos años), y todo dispuesto de tal modo, que por fuerza la sociedad había de salir modificada de raíz. Y es obvio que, con la sociedad, la expresión lingüística de las gentes había de sufrir también transformaciones otrora insospechadas. Las consecuencias de dicha sedimentación en el terreno idiomático no iban a ser inmediatas. Con todo, no se hicieron esperar demasiado, y yo calculo que hacia 1950 ya son evidentes en varios aspectos, cuando todavía no se había terminado la sedimentación de causas que iban a traducirse en nuevas y aun más profundas transformaciones lingüísticas. El común denomina-

¹⁵ Joan Veny, *Dialectologie Catalane*, apud *La Linguistique Catalane, Colloque... Strasbourg... 1968*, Actes publiés par A. Badia Margarit / Georges Straka, París, 1973, págs. 291-292.

dor de todas ellas es la llamada «nivelación lingüística». Forzoso es admitir de entrada que, si tan poderosos eran, en su conjunto, los factores en juego, y si sus efectos en lo idiomático eran de nivelación, lo más natural era que muchas realidades dialectales seculares hiciesen crisis. Que es lo que ha ocurrido, y lo que sigue ocurriendo.

Antes de empezar la enumeración de los factores aludidos, quisiera salir al paso de una posible objeción: si todos estamos de acuerdo en que la guerra civil de 1936-1939 ha sido el acontecimiento central del siglo, ¿por qué partir, como he dicho reiteradamente, de hacia 1930? Por mi parte, y respetando cualquier otra opinión no coincidente con la mía, porque será honestamente elaborada, estoy convencido de que los grandes factores de nivelación empiezan a darse antes, en los años treinta. La guerra civil, por la manera como se desarrolló en Cataluña, favoreció ciertamente, como diré, la nivelación lingüística, pero en cambio, la post-guerra más bien la entorpeció, porque representó, en más de un aspecto, un elemento de estancamiento y de retorno a la vida local (sobre todo en Cataluña, por contraste con la situación anterior).

Veamos, pues, los factores que, a la larga, iban a atentar contra la vida de nuestros dialectos, sometidos a la fuerte corriente de la nivelación.

1) *Las corrientes políticas*

11. En el terreno político, se producen grandes movimientos de opinión, los partidos provocan luchas enconadas, las elecciones obtienen altos porcentajes de participación, de modo que nadie queda al margen. Es cierto que antes se habían dado momentos fuertes en política, con elevada participación ciudadana (la «Solidaritat Catalana», l'«Assemblea de parlamentaris», etc.). Pero ahora la vida política adquiría dos caracteres típicos de que antes carecía: se hacía más habitual y se hacía más universal. Se puede objetar que elecciones siempre había habido. No sería difícil demostrar que, en rigor, casi no había habido. Pero, cuando las había, resultaban ineficaces por dos condicionamientos: el caciquismo (que prodigaba el sistema de votos comprados) y la inhibición (por aquello de no querer «meterse en líos»). Además, las propias circunscripciones electorales favorecían el cantonalismo, aun dentro de una misma provincia. En definitiva,

los movimientos de opinión y los partidos políticos fueron mucho más generales en los años treinta. Además, la mayor parte de los partidos políticos eran exclusivos de Cataluña (y los que eran delegaciones, de hecho lo eran de una manera muy especial), cosa que, al distinguirlos de los del resto, acentuaba la unidad dentro de Cataluña. Pues bien, y esto es lo fundamental, la vida política se desenvolvía en catalán, tanto en la prensa, como en reuniones y actos de afirmación, como en la propaganda callejera (con las sabidas dos excepciones de los dos polos opuestos: la extrema derecha por un lado y el anarco-sindicalismo por el otro, a pesar de que ni en estos extremos dejaba de usarse, en ocasiones, el catalán).

2) *La situación administrativa*

12. El cambio que se operó en la administración, con motivo del régimen de autonomía de Cataluña (1932-1939), aunque menos espectacular que el de las corrientes políticas, lo igualó en eficacia. Piénsese que una cosa tan establecida como la división en provincias desapareció, y fue sustituida por una división en 38 comarcas, las cuales, para evitar la atomización y facilitar la tarea administrativa, fueron agrupadas en nueve regiones, cuyas capitales eran: Barcelona, Gerona (Girona), Tarragona, Reus, Tortosa, Vic, Manresa, Lérida (Lleida) y Tremp. El trabajo de la ponencia encargada de la división territorial, lento de suyo, lo fue más por la rigurosa exigencia que sus miembros se impusieron; así, durante la mayor parte del tiempo funcionó una administración provisional, con delegados de la Generalidad en vez de gobernadores civiles en las cuatro antiguas capitales de provincia. Pero lo que pesaba, como factor psicosociológico, era la conciencia de que se había operado un cambio importante. En efecto, antes, desde Lérida, por ejemplo, lo mismo daba volverse a Zaragoza o a Huesca que a Barcelona o a Tarragona: siempre eran provincias vecinas, con una organización paralela; ahora, dentro de Cataluña, uno se encontraba por doquier con instituciones de la Generalidad, y con el uso alternante de ambas lenguas, el catalán y el castellano. Las tareas de la ponencia, que se hicieron muy populares (por conferencias, publicaciones, informaciones en la prensa), contribuyeron a la unidad, dentro de la diversidad que suponía el partir de una realidad natural, como es la comarca.

Descolló la muy conocida encuesta a los ayuntamientos, a los que se preguntaba por la comarca a la que ellos creían pertenecer, o a qué mercado semanal iba la gente de la localidad, etc. Pese a la vibración colectiva que todo implicaba, la ponencia, muy cuerda-mente, y por razones prácticas, casi siempre mantuvo la infraestructura de los partidos judiciales. Pero ello no impedía que la división apareciese como más razonada y más natural al mismo tiempo, cosa que ya satisfacía a todo el mundo.

3) *El campo de la cultura*

13. Sabido es que la actividad cultural de la Generalidad de Cataluña fue muy intensa. En efecto inmediatamente se acometió una política educativa y escolar que, pese a la urgencia de su aplicación inmediata, no dejaba de ser reflexiva y madura, y que, desde luego, fue eficacísima. El hecho de que esta política fuese concebida, en su conjunto, para el territorio de las antiguas cuatro provincias (cada una de las cuales, antes, tenía sus propios servicios de delegación, inspección, etc., ligados directamente a la Dirección General), así como el hecho de la difusión de una sola lengua, el catalán «standard», constituyó un importante —si no el más importante— factor de nivelación. La mencionada política asumió la obra de las bibliotecas populares de Cataluña. Por otro lado, los medios de comunicación social (prensa y radio) difundían por todo el país el tipo común de lengua, en cuyas manifestaciones concretas era dable reconocer a menudo modalidades geográficas regionales o locales, pero todas ellas quedaban absorbidas y reguladas por el módulo de la lengua «standard».

Hay que añadir que, después del gran cambio operado en 1939, las propias dificultades que han entorpecido el normal desenvolvimiento de la lengua no han dejado de trabajar en el sentido de la nivelación, por aquello tan humano del instinto de unión ante la defensa. Que este factor había actuado de modo eficiente todos lo hemos visto, muchos años después, en varios actos y conmemoraciones. Cito sólo la manifestación más estentórea: la del año Fabra, en 1968, con el eslogan «la llengua d'un poble», que ahora sí que correspondía a una realidad sentida.

4) *La vida social*

14. La vida social experimentó, a partir de los años treinta, modificaciones importantes, que, por lo que a nosotros afecta ahora, yo cifraría especialmente en la movilidad de la gente. Existían, de reciente establecimiento, las vacaciones laborales; las poblaciones que celebraban el mercado semanal en domingo se vieron obligadas a trasladarlo a otro día. Estos y otros factores favorecen que la gente se mueva, y que observemos unos rudimentos de turismo interior, que ya no es privativo de según qué clases sociales, sino que tiende a universalizarse.

5) *La guerra civil (1936-1939)*

15. La guerra civil significó, de momento, para muchos lugareños, un imperioso motivo de salir de la comarca nativa; para otros (por distintas razones: persecuciones, destrucciones, necesidades militares, etc.), un obligado cambio de residencia. Para todo el mundo, una época de tensión, en que prensa y radio eran objeto de la atención general. Todo ello apoyaba ya la nivelación lingüística. Pero es que, además, la línea que dividió a España en dos mitades en 1936 (y que, en el dominio lingüístico catalán, separó a las Baleares—excepto Menorca—del resto), podía haber escindido el territorio de la Cataluña estricta en dos mitades, cosa que no ocurrió en la mayor parte del período bélico. Es decir que la tensión psicológica de la guerra civil fue compartida a través de una vida común, de la que tenían que participar todos, que fuesen de una u otra de ambas ideologías en pugna.

En cambio, y como ya he insinuado antes (§ 10), la post-guerra significó más bien un retroceso en el proceso de nivelación lingüística. Por varias razones. Una de ellas, el inmovilismo impuesto por las circunstancias (recordemos la existencia del salvoconducto, de cierto resabio medieval—y no sólo por el vocablo exhumado—, prescrito para cualquier viaje, institución que se mantuvo varios años). Otra razón, el retorno a la vida provincial y local, con la consiguiente imposibilidad de iniciativas y actividades generales, y con la canalizada crisis del asociacionismo, que anima el individua-

lismo y el desinterés por los asuntos de interés común. Otra, el fomento de una sociedad paternalista. Otra, el cultivo exagerado, y no siempre espontáneo, de ciertas tradiciones locales. En conjunto, la sociedad posterior a 1939 sufrió mucho de estancamiento, con una brusca y notable rectificación de la nivelación iniciada unos diez años antes. Y, cuando nivelación existía, ésta se hacía a la mayor escala posible, facilitando la difusión de la lengua oficial; cito un solo ejemplo concreto: de los casi 20.000 miembros de la «Federació de Joves Cristians de Catalunya» (organización de neto sentido catalán), los que quisieron continuar incorporados a una obra apostólica no tuvieron otro camino que el de la unitaria «Acción Católica Española»... Dicha situación duró más de diez años, más o menos hasta la estabilización de la moneda y la firma, por parte de España, de importantes tratados internacionales.

6) *La gran mutación socioeconómica*

16. La vuelta a los factores que han empujado francamente la nivelación lingüística en Cataluña se produce en la tercera década del período que estudiamos aquí, es decir entre 1950 y 1960 (década que no por casualidad asiste a la generalización del libro catalán y a una suavización de las medidas practicadas con respecto al uso de la lengua catalana). Habría mucho que decir, pero procuraré ser parco. A grandes rasgos, la mencionada década se caracteriza: 1) por la elevación, rápida e intensa, del nivel de vida (con lo que la gente se compra coche, viaja, da vida al turismo interior, adquiere parcelas en urbanizaciones, cosas que provocan por doquier una innegable difusión de las maneras barcelonesas, incluso las idiomáticas, porque la zona de la gran Barcelona es la que contiene mayor riqueza relativa, y también una mayor densidad de población); 2) por una cierta liberalización ideológica, gracias a la cual las publicaciones y los actos en catalán prosperan, no sólo en número y en calidad, sino también porque el clima público tiende a que todos ellos pierdan un cierto aire de clandestinidad o de misterio, o, en el mejor de los casos, de «cosa tolerada» que se les atribuía, y no sin razón, desde hacía años; 3) por el comienzo del turismo a gran escala, que, por otro lado, viene a confirmar la apertura ideológica (por lo que suponía de admisión de otras mentalidades, de otras

expresiones idiomáticas, etc.), y 4) por una intensificación del proceso de industrialización, que, por lo que respecta al campo, implica la llamada mecanización de la agricultura. Precisamente del campo quiero citar el único ejemplo que me permito aducir, ya que se trata del sector más afectado por la nivelación. Antes, los trabajos agrícolas eran muy particulares, adaptados al clima y respaldados por una tradición; antes, si había que reparar una herramienta, la gente acudía al herrero o a otro artesano del lugar. Todo se desenvolvía dentro de la vida local, dialectal. Hoy un solo tipo de maquinaria se ha impuesto por doquier; no es necesario adaptarse al clima, porque en unas horas se despachan labores que antes exigían a veces semanas. Si hay que reparar el tractor, vendrá de la gran ciudad un perito, que o hablará castellano, o, si es catalán o se esfuerza por expresarse en catalán, hablará el catalán más común; lo que sí es evidente es que nunca intentará hablar el dialecto local (entre otras razones, porque a quien llaman es a un perito en maquinaria, no a un dialectólogo, que es, en todo caso, lo que tendría que ser el tal mecánico, que va de una comarca a otra).

En suma, últimamente se ha producido entre nosotros el proceso que sociólogos y economistas llaman «urbanización» de la sociedad. Antes, el dominio lingüístico catalán se caracterizaba porque cada modalidad geográfica de la lengua poseía su propia capital (y esto valía no sólo para los grandes dialectos de la lengua, sino también para varios de sus subdialectos)¹⁶. Hoy se han acumulado varios factores que tienden a disminuir la importancia de la vida local, y a que los dialectalismos se vean abocados a una sustitución por elementos lingüísticos más universales. Hoy, el dominio lingüístico catalán, como ocurre por doquier, después de todo, asiste a la tensión que provocan en su seno varios factores de nivelación. Nivelación que puede entenderse de maneras muy variadas, pero que aquí estudiamos desde el ángulo de la llamada «nivelación lingüística».

17. Acabamos de presentar unos cuantos factores que operan, en Cataluña, bajo el signo de la nivelación lingüística; hemos dado, al mismo tiempo, unas razones que justificaban por qué dicha nivelación se realizaba en favor de las soluciones barcelonesas.

¹⁶ Recogeré esta peculiaridad más abajo, § 20.

Ahora bien, se equivocaría quien creyese, por ello, que los dialectos catalanes han desaparecido. No han desaparecido, ni mucho menos. Es cierto que varios de sus rasgos, y algunos, entre ellos, considerados muy característicos, se han modificado, en el sentido indicado. Pero los dialectos se conservan. La impresión de cualquier dialectólogo que se acerque a nuestro mundo dialectal y observe los hechos con precisión lo confirma. Objetivamente, nadie podría dejar de hablar de catalán oriental y catalán occidental, de valenciano, de balear y de rosellonés. La dialectología catalana no se ha extinguido ni ha terminado su quehacer.

Por eso no he hablado en ningún momento de «desaparición de los dialectos catalanes», sino de «quiebra del equilibrio dialectal», por la cual el llamado «estado dialectal recibido» va dejando de ser mucho de lo que era y se nos muestra como una situación que se modifica, como un conjunto de rasgos que va siendo distinto de lo que ha sido (o que hemos considerado que era) durante largos años. Sólo ocurre que las modificaciones suelen producirse en el sentido de la nivelación ya mencionada.

Cuanto decimos no hace más que corroborar ciertos principios, cuyo enunciado teórico nos hemos repetido a menudo y que ya habían sido establecidos por los neogramáticos, como fueron reiterados, desde otra óptica, por Ferdinand de Saussure. Aludo a la enorme lentitud de los cambios lingüísticos. Y si esta afirmación se refiere especialmente a modificaciones que ocurren dentro del propio sistema (es el caso de cada conjunto dialectal considerado en sí mismo), también es válida, como vemos en estas páginas, cuando se aplica a modificaciones del sistema provocadas desde fuera (ahora pienso en los dialectos que adquieren rasgos barceloneses), y como consecuencia de factores ya no lingüísticos, sino sociopolíticos y socioculturales.

IV. LA NIVELACIÓN GEOLINGÜÍSTICA

18. Hemos señalado unos cuantos factores que, entre los años 1930 y 1960 han actuado, con una fuerza y con una eficacia antes inéditas dentro del dominio lingüístico catalán, en contra del mantenimiento del «estado dialectal recibido». Va sin decir que varios de

los factores enunciados, sobre todo el último (la gran mutación socioeconómica), siguen actuando sin cesar, pero es obvio que, si hoy podemos hablar de unos resultados, éstos lo son de condicionamientos que hacen sentir sus efectos desde hace varios años (15, 20 ó 25 años). No se necesita ser adivino para vaticinar que, si los poderosos factores de nivelación siguen actuando como hasta ahora, los dialectólogos que observen nuestra realidad dentro de veinticinco o cincuenta años, detectarán un estado dialectal más endeble (en cuanto a la personalidad de las sub-estructuras locales) y más normalizado (en cuanto a la extensión de la nivelación lingüística) de lo que es en la actualidad.

Ahora bien, el concepto de «nivelación» supone tanto un centro de expansión niveladora, como un territorio que es objeto de la acción de nivelar. Ni habría que decirlo: el foco de nivelación es Barcelona. El territorio tomado ahora en consideración es, como ya hemos dicho (§ 2), el de la Cataluña estricta.

Recogiendo un papel multiseccular (por más que, en la edad media, no lo había ejercido sin compartirlo con otras ciudades), Barcelona fue la cuna de la Renaixença en el siglo XIX, y el proceso de reducción de la diglosia (que los sociolingüistas llaman «normalización») tuvo constantemente, como foco impulsor y escenario de realización, la ciudad de Barcelona. Renuncio a dar detalles de una trayectoria muy conocida¹⁷, que, por otro lado, no se llevó a término sin contar con la colaboración, que a veces aportó matices del mayor interés, de catalanes del resto de Cataluña, valencianos, baleáricos y roselloneses. La plenitud de la normalización no hace sino confirmar el papel indiscutido de Barcelona, *cap i casal* (epíteto que no es de hoy): hacia 1930, las empresas culturales, artísticas, editoriales y de difusión radican en su gran mayoría en Barcelona. Poco tiempo después, al conseguir un rango administrativo de capitalidad, la función de Barcelona consigue una especie de consagración. La verdad es que Barcelona ya no podrá desasirse de su destino: y cuando empieza la época más dura de toda la historia de la lengua catalana,

¹⁷ La bibliografía que se podría aducir es muy abundante. Véanse, como exponente, estos dos trabajos: A. M. Badia Margarit, *Langue et société dans le domaine linguistique catalan, notamment à Barcelone*, *RLiR*, 36, 1972, páginas 263-304, y Francesc Vallverdú, *El fet lingüístic com a fet social*, Barcelona, 1973, en especial págs. 127-142.

es en Barcelona donde surgen los intentos más eficaces por romper el cerco, es en Barcelona donde se consiguen los primeros triunfos, y sigue siendo en Barcelona donde se dirimen las cuestiones fundamentales de la cultura y del uso de la lengua. Barcelona, que, con la gran mutación socioeconómica, ha ido aumentando sin cesar su poder y su influencia.

19. Con esto llegamos a dos características sociolingüísticas de la lengua catalana que favorecen sobremanera cualquier proceso de nivelación. La primera: el catalán es una lengua exageradamente *macrocéfala*. Acabo de recordar que Barcelona ha sido la cabeza de la normalización (§ 18); añadamos ahora: esta cabeza es demasiado grande para el cuerpo que le corresponde, la comunidad idiomática. No tiene punto de comparación ni con el ejemplo habitual en estos casos, que, como es sabido, es la ciudad de Viena con respecto a la actual república austríaca, restos de su capitalidad de la doble monarquía hasta la guerra del 14. Quisiera precisar, aquí, que los barceloneses han tenido conciencia, una vez y otra, del peligro que entrañaba pareja situación; voy a dar tres muestras de su preocupación: empiezo por el tema de la «Catalunya Ciutat», vivo en el período de la Mancomunidad (alrededor, pues, de 1915), por el que los hombres de la época proponían un sistema de comunicaciones viarias al estilo suizo o belga por el que diese lo mismo vivir, trabajar, frecuentar sesiones culturales y lugares de recreo o diversión en Barcelona o en cualquiera de las veintitantas ciudades secundarias que comprende un semicírculo de un radio de 50 ó 60 kms.; urbanistas carentes de poder decisorio, no pudieron impedir la línea opuesta, que se impuso ya entonces y que, con los años, ha producido últimamente estos monstruos que son Madrid y Barcelona, sin contar otras ciudades predestinadas...; pero, en lo que de ellos dependía, sí que fueron eficaces, con los programas de conferencias culturales, entre otras manifestaciones, que se hacían por doquier, del Pirineo al Ebro. Otra muestra de la preocupación barcelonesa por no atentar contra el respeto que merece el resto del país puede ser, en los años treinta, la ponencia de la división territorial: por su composición, por su ideología comarcalista, por su manera de trabajar, por su independencia con respecto al propio gobierno de la Generalidad, dicha ponencia hace patente que los dirigentes del mo-

mento, así que se les abría la posibilidad de ejercer una suerte de centralismo, no querían caer en él, quizás porque conocían los efectos y los defectos de otro centralismo más acusado. Una última muestra, sacada de la actualidad (en que carecemos de instituciones genuinas); «Omnium Cultural», organismo privado (y, con mucho, el más importante entre los que operan eficazmente en el campo de la cultura catalana), así que consiguió un número suficiente de socios en las cuatro provincias, organizó una red de delegaciones en muchas ciudades catalanas, y tiene establecido carácter itinerante para algunas de sus manifestaciones más típicas (como la «Nit de les Lletres Catalanes», en diciembre, o les «Festes Populars de Cultura Pompeu Fabra», a fines de verano).

20. Segunda característica sociolingüística: el catalán es una lengua notablemente unitaria. Pienso que no vale la pena que nos extendamos en justificar una realidad bien conocida y bien aceptada¹⁸. El catalán, antiguo y moderno, es una lengua que, en cuanto a la estructura fonológica y gramatical, no presenta casi nunca diferencias insalvables. Por ello, en el momento de fijar la ortografía y la gramática correctas (1913 y 1918, respectivamente), se pudo establecer un sistema universal, en el que las grandes variedades geográficas de la lengua se hallaban recogidas sin contradecir el conjunto. Así, había un factor estructural, que permitió elaborar el concepto y la preceptiva del «catalán común», sin tener que prescindir de ninguna modalidad de la lengua. Por otra parte, hubiera sido injusto prescindir de cualquiera de ellas, ya que existe una relativa igualdad territorial de los cinco grandes dialectos (rosellonés, oriental, occidental, valenciano y balear), a cada uno de los cuales corresponde una sub-capital lingüística (son, respectivamente, Perpiñán, Barcelona, Lérida, Valencia y Palma de Mallorca). Hay que reconocer, sin embargo, que en el momento de establecer las normas ortográficas y gramaticales, además de la lengua antigua y de las realidades dialectales de hoy, pesaron mucho los grandes autores modernos y el nivel cultural alcanzado, y que todo ello se localizaba especialmente en Barcelona, ciudad que, por otro lado, era la capital de todo el dominio lingüístico, con mucha diferencia con

¹⁸ Véase, por ejemplo, mi *Gr. hist.*, §§ 19-20, págs. 65-70.

respecto a cualquier otro núcleo urbano (desde todos los puntos de vista: político, demográfico, cultural, etc.; cf. § 19). En la vecina lengua castellana, por ejemplo, tanto por notables diferencias estructurales (entre castellano y leonés-aragonés), como por una evidente desproporción entre el volumen del castellano y el de las otras hablas, no resultó viable ninguna fórmula de compromiso: el castellano debía erigirse en lengua de cultura (sin poder llamar a contribución, en varios casos, a los antiguos dialectos circundantes, tan nobles, en su origen, como aquél). En cambio, en catalán, los dos factores citados (uno, geográfico-demográfico: la relativa igualdad territorial; otro, sociolingüístico: las varias sub-capitales) han debido ser tenidos en cuenta para una correcta fijación de la «lengua común». Todo lo expuesto aquí corrobora, a poco que se analice, la fundamental unidad de la lengua catalana.

21. Hemos puesto de manifiesto dos características sociolingüísticas del catalán: su macrocefalia y su unidad (§§ 19-20). Ambas favorecen, como decía, la nivelación lingüística: la fuerza del «barcelonismo» y sus posibilidades de expansión por el unitario dominio catalán hacen más fáciles, en nuestro caso, procesos que no desconoce hoy ningún territorio lingüístico, sobre todo a medida que la civilización urbana ha ido predominando en el seno de la sociedad moderna¹⁹. Así, pues, lo más corriente es que las soluciones barcelonesas den la pauta de la nivelación por doquier en Cataluña. Me apresuro a recalcar que «dar la pauta» no implica que la nivelación siga necesariamente; sólo quiero decir con ello que el proceso, si proceso hay, suele desarrollarse bajo el signo de la difusión de las soluciones barcelonesas, y no al revés.

Mi propósito es, en esta presentación de carácter general, no salirme, para las ejemplificaciones, del campo lexicográfico, en el que los casos son más claros y el fenómeno de la incorporación de vocablos más frecuente.

Vamos a examinar qué ocurre con el par de términos sinónimos *patata* / *trumfa*²⁰ 'patata'. El «estado dialectal recibido» nos ofrecía

¹⁹ A continuación, tomo y resumo algunos trozos de mi trabajo *Anivellament*, §§ 3-5.

²⁰ Dado que ahora limito mi examen a la nivelación en Cataluña, prescindiendo de los vocablos populares que se encuentran fuera de ella; así dejo de lado los valencianos *creadilla*, *criadilla* y todas sus variantes fonéticas.

una distribución de ambos términos, que casi por mitades se repartían el territorio de Cataluña: 1) A grandes rasgos, *patata* (o *pataca*) se encontraba en buena parte de la provincia de Barcelona (menos una amplia zona hacia el norte, con la plana de Vic, el Berguedà, el Lluçanès), en casi toda la de Tarragona (menos el Priorato y la Conca de Barberà) y en una pequeña parte meridional de la de Lérida (Segrià, pla d'Urgell). 2) En cambio, y siempre muy en general, *trumfa* (o *trumfo* y *trufa*) se usaba en la provincia de Gerona, en la mayor parte de la de Lérida (menos una zona en la parte sur) y en las comarcas del Priorato y de la Conca de Barberà (Tarragona)²¹. Teniendo en cuenta la solución de los grandes centros demográficos y culturales y, en especial, de Barcelona y su zona de influencia, está claro que, ya entonces, *patata* y *trumfa* podían señalarse, entre otras, por este par de connotaciones: *patata* = «término no exclusivamente rural» / *trumfa* = «término predominantemente rural»²².

Como es natural, y aquí se insiste en ello a cada momento, dicha situación no tenía que ser siempre la misma. En efecto, si hoy nos acercamos a las zonas que la lexicografía dialectal de 1920 y de 1930 atribuía a *trumfa*, nos daremos cuenta de que se ha producido un proceso de nivelación, rápido y eficiente, en favor de *patata* y en detrimento de *trumfa* (de acuerdo con la connotación de «rural»). Así, por más que no es raro que subsista *trumfa* (término que, en cambio, por ningún lado ha ensanchado su campo), observamos que muchos sitios que antes presentaban *trumfa* han adoptado en la actualidad su sinónimo *patata*. Ahora bien, si aguzamos nuestro sentido de observación, pronto echaremos de ver que una situación muy frecuente hoy, en las antiguas zonas de *trumfa*, es una curiosa confluencia de ambos términos (*patata* y *trumfa*), no sólo en una misma localidad, sino incluso en las mismas personas.

²¹ Tomo los datos del DCVB, que es uno de los exponentes del «estado dialectal recibido» (§ 4) (recuérdese el sistema típico de este diccionario, que menciona las comarcas y localidades de donde proceden sus datos, de forma que a veces se producen soluciones de continuidad). Reproduzco, pues, las zonas de *trumfa* (o sus variantes) tal como vienen dadas en el DCVB (s. v. *trumfa*, *trumfo*, *trufa*): Cerdanya, Ribes, Ripoll, Empordà, Gironés, Garrotxa, Plana de Vic, Lluçanès, Berguedà, Cardona, Solsona, Ponts, Organyà Andorra, Vall d'Aneu, Sort, Tremp, Pont de Suert, Castanesa, La Llitera, Balaguer, Priorat, Sta. Coloma de Queralt, La Segarra, Les Garrigues. Por exclusión se puede inferir la extensión de *patata* (véase DCVB, s. v. *patata*, *pataca*, *patana*).

²² *Anivellament*, § 5.

22. Quisiera detenerme unos instantes en la situación de confluencia que acabo de mencionar (que se da, insisto, en las zonas en que el término «antiguo» —y antes exclusivo— es *trumfa*, término que hoy se encuentra en competencia con el «nuevo» de *patata*). Y quisiera hacerlo a base de lo que yo mismo he podido observar en varios puntos de la comarca de la Garrotxa (provincia de Gerona), que me parece exponente de una situación más general²³. Allí, desde tiempo inmemorial, *trumfa* era la denominación peculiar. Hoy, se conocen y se emplean tanto *trumfa* como *patata*. Ahora bien, en vez de hacer sinónimos ambos términos, los campesinos de la comarca distinguen: *trumfa* se usa en todo lo que se refiera al cultivo (siembra, crecimiento, desarrollo, enfermedades, cosecha), mientras que *patata* se usa en todo lo que se refiera al producto (comercio, distribución y exportación, consumo, arte culinaria). Se trata de una situación típica de convivencia de dos vocablos, que nos indica que uno de ellos, el que se emplea de cara afuera (*patata*), va ganando terreno, tanto en la dimensión geográfica como en la social, a expensas del otro, el que se usa entre lugareños (*trumfa*). Así, *patata* se ha convertido, en dichas zonas, en el término «factor de nivelación» (forma «nueva» o «standard»), mientras que *trumfa* representa la resistencia del término «arrinconado» (forma «antigua» o «dialectalizante»). Con ello nos es dable captar una etapa de un proceso extremadamente lento, que ha de acabar verosímilmente con la victoria del término «nuevo» (*patata*) sobre el «antiguo» (*trumfa*).

Los pormenores del proceso; la geografía sucesivamente afectada por la convivencia de ambos vocablos; la manera cómo se han distribuido sus significados, y el propio sentimiento de los hablantes (que usen espontáneamente uno u otro de ambos), todo permite afirmar que la difusión creciente de *patata* en Cataluña es una buena muestra de nivelación lingüística, que va extendiendo por doquier la solución barcelonesa, como procedente del centro más activo.

²³ *Anivellament*, § 5.

V. SURGE UN PROBLEMA DE MÉTODO: ¿NIVELACIÓN INTERNA O NIVELACIÓN DESDE FUERA?

23. Hemos visto (§§ 21-22) un caso, al parecer muy claro, de nivelación lingüística, por la cual una solución barcelonesa (*patata*) se difunde por doquier, suplantando una antigua solución dialectal (*trumfa*). Tal como hemos presentado las cosas, dábamos a entender que se trataba de un ejemplo indiscutible. Ahora bien, forzoso es tomar en consideración un nuevo factor, también muy importante en sociolingüística: la abundancia de los castellanismos de vocabulario en el catalán actual, como consecuencia de la posición privilegiada que tiene el castellano (lengua oficial: la de la escuela, de los «mass media» más poderosos, etc., es decir la llamada «lengua A» — o «alta») con respecto al catalán (lengua natural: la de la familia, de la expresión oral, etc., o sea la «lengua B» — o «baja»).

Por ello, el ejemplo citado antes corre un riesgo evidente²⁴: cuando un vocablo barcelonés y un vocablo castellano coinciden en un mismo significante (salvando elementales diferencias de pronunciación), existe la posibilidad de que interpretemos erróneamente la expansión de dicho vocablo por varias zonas dialectales, como si se tratase de la nivelación en catalán (desde y en beneficio de la solución barcelonesa), cuando, en realidad, puede ser simplemente un caso más de difusión de un castellanismo (y observemos que, si se trata de un castellanismo, ya no tiene que partir forzosamente de Barcelona, sino que puede tener tantos focos de irradiación como capitales de provincia u otras ciudades con un cierto nivel de vida oficial).

En el caso presente, se plantea, así, una importante cuestión de método. En efecto, el cat. *patata* (que es el término «nuevo», el barcelonismo llamado a convertirse en forma general o «standard») coincide con el término castellano correspondiente (cast. «patata»). Entonces, la nivelación en favor de *patata* puede interpretarse como una muestra de nivelación barcelonesa o como una muestra de la castellanización del catalán actual²⁵, de acuerdo con el peso de la

²⁴ *Anivellament*, §§ 4-5.

²⁵ Que quede bien claro que, cuando hablo de castellanización, me refiero exclusivamente a la generalización de *patata*, o sea al proceso de substitución

lengua oficial²⁶. Aunque ya he dicho, antes (§ 22), que no parece impropio afirmar que la difusión de *patata* en Cataluña sea un buen ejemplo de nivelación desde Barcelona, no podemos desconocer el problema que acabo de suscitar. De este modo, si se tratara de un castellanismo, estaríamos ante un caso, no de nivelación interna (con todo el proceso dentro de la propia lengua), sino de interferencia (adquisición de un forasterismo de otra lengua).

Sin embargo, pienso que las dudas se desvanecen si tenemos en cuenta que el término *patata*, reconocido por doquier como catalán, se localiza en las zonas que, por su densidad de población, tradición cultural, capacidad de iniciativa, etc., se han convertido en centros de irradiación de toda suerte de realidades antropológicas (comprendiendo en ellas, naturalmente, las formas lingüísticas de expresión). Todo hace pensar, pues, que, en el caso presente, no se trata de la incorporación de un castellanismo a las comarcas rurales que conocían *trumfa*, sino de la difusión de un vocablo típico de las zonas urbanas que tienen *patata*²⁷.

24. Todavía hay más. Creo que cualquier duda desaparece por completo si examinamos otro ejemplo, en el que no quepa la inter-

de *trumfa* por *patata*, no a la existencia de *patata* como vocablo de la lengua catalana. Dentro de la obligada modernidad que le viene de la difusión de este vegetal (posterior al descubrimiento de América y no generalizada hasta el siglo XVIII), *patata* es, sin ningún género de duda, una palabra catalana, y así figura en el Diccionario de Fabra (sin indicación de préstamo, indicación que, en cambio, encontramos para voces como *cursi*, *resar*, etc.) (*Anivellament*, § 5, nota 4, que acabo de transcribir íntegra, naturalmente traducida).

²⁶ Refuerzo importante para la difusión de *patata* como castellanismo pudo ser la época, bastante larga (aproximadamente la década de 1940-1950), de intervención estatal de la patata: los campesinos tenían que formular constantemente declaraciones referidas a la siembra, a la cosecha y a la distribución de la patata, naturalmente en castellano. Con todo, no exageremos tampoco la importancia de este hecho: unas hojas paralelas, correspondientes ahora al llamado «Servicio Nacional del Trigo», no impidieron que el «trigo» siguiera llamándose *blat* allí donde así se hacía tradicionalmente, y no sabemos de ningún catalanohablante que pasara a llamarlo *trigo*. Por otro lado, el proceso de nivelación de *patata*, aunque últimamente haya adquirido un ritmo más vivo, ya era sin duda una realidad antes de que empezara la intervención estatal de los productos del campo (por lo menos, ya se había iniciado en ese momento) (*Anivellament*, § 5, nota 5, que también acabo de transcribir íntegra, igualmente traducida).

²⁷ *Anivellament*, § 6.

pretación de castellanismo. Vamos a ver qué ocurre con el par *mongeta / fesol* 'judía', en el que hoy se produce un proceso de nivelación comparable al de *patata / trumfa*, con la diferencia de que ahora no puede imaginarse ninguna interferencia desde fuera (ya que no puede haber castellanismo).

El planteamiento, paralelamente al que hemos visto a propósito de *patata / trumfa* (§ 21), podría hacerse a base de las connotaciones siguientes: *mongeta* = «término no exclusivamente rural» / *fesol* = «término predominantemente rural»²⁸. En efecto, según datos del atlas de Griera, el tipo léxico más corriente para 'judía', en el dominio lingüístico, era *fesol*. Sólo se encontraban, en Cataluña, unos pocos focos de *mongeta* en la provincia de Gerona (3 puntos), en la de Barcelona (4 puntos) y en la faja occidental aragonesa de habla catalana (2 puntos)²⁹. El resto, es decir la gran mayoría de puntos, daba *fesol* (o, en unos pocos casos, otras respuestas).

No se necesita ser experto en dialectología para poder afirmar que hoy *mongeta* es un vocablo mucho más extendido en Cataluña de lo que era hacia 1920. Basta con recorrer un poco el país y observar. Pero, además, tenemos los datos del nuevo atlas catalán³⁰; según ellos, efectivamente, la panorámica del par *mongeta / fesol* se ha modificado mucho en favor de *mongeta*, ya que en la actualidad (y vuelvo a referirme a la división en provincias, pese a su carácter artificial —en aras de una mejor comprensión por parte de los lectores), las tres provincias de Gerona, Barcelona y Lérida presentan más sitios de *mongeta* que de *fesol*, en proporciones variables, y sólo la de Tarragona tiene más sitios de *fesol* que de *mongeta* (término, este último, que ni siquiera aparecía, en dicha provincia, en el atlas de Griera).

²⁸ *Anivellament*, § 6. Ya he dicho (§ 2) que nos referimos exclusivamente a Cataluña. En Valencia el término prácticamente universal es *fesol* (o variantes). Aquí pienso en la nivelación en favor de *mongeta* en Cataluña.

²⁹ Los datos proceden del *ALCat*, mapa núm. 815. Aquí prescindo de otros puntos donde se recogió *mongeta* (en la Cataluña septentrional, en Baleares), porque quedan fuera de las cuatro provincias catalanas (así como del Valle de Arán, porque ya no pertenece al dominio catalán). Véase *Anivellament*, § 8.

³⁰ He tratado con un cierto detenimiento de los datos del *ALDC* sobre *mongeta / fesol*, en *Anivellament*, § 9.

En resumen, y reducidas a porcentajes, he aquí las proporciones de *mongeta* y *fesol* en el dominio lingüístico catalán, hacia 1920 y en la actualidad ³¹:

Épocas	Denominaciones			Total
	<i>mongeta</i> %	<i>fesol</i> %	1) otros términos 2) casos especiales, etc. %	
Hacia 1920 (ALCat)	20	70	10	100
Hacia 1970 (ALDC)	33	50	17	100

25. De los datos precedentes se infiere que, de toda evidencia, en los últimos cincuenta años, se ha producido una nivelación en favor de *mongeta*. A pesar de que, en algunas zonas, uno tiene a veces la impresión de que ambos términos se usan indistintamente, no es difícil de comprobar que, allí donde el término arraigado y tradicional era *fesol*, hoy éste se encuentra a menudo en competencia con *mongeta* (que es el término nuevo), que incluso posee fuerza suficiente para suplantar a su sinónimo. Además, como *mongeta* es el término habitual en Barcelona y en otros núcleos urbanos, la expansión moderna de *mongeta*, a partir de dichos centros hacia zonas que hasta ahora habían permanecido dentro del área léxica de *fesol*, nos permite hablar de un proceso de nivelación, en el que, ni hay que decirlo, *mongeta* es el término «nuevo» (la forma «standard»), mientras que *fesol* es el término «antiguo» (la forma dialectal) ³².

Como antes (§ 22), confirman dicho proceso los casos de confluencia de ambas denominaciones (*mongeta* / *fesol*) en una misma loca-

³¹ Datos ahora redondeados; para verlos con toda exactitud, consúltense *Anivellament*, § 9. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que los datos del presente cuadro se refieren a todo el dominio lingüístico catalán (y ello explica que, aun hoy, *fesol* alcance el 50 % de la totalidad, en parte porque el valenciano no conoce otro término). Lo importante es ver que, en la totalidad, *mongeta* ha pasado del 20 % al 33 %, claro exponente de la nivelación operada.

³² *Anivellament*, § 6.

lidad. El nuevo atlas catalán tiene recogida esta situación en 9 localidades³³. Recogiendo, una vez más, el paralelismo que hay entre *mongeta* / *fesol* y *patata* / *trumfa* (§ 22), quisiera aducir unos datos observados por mí mismo en la Garrotxa (provincia de Gerona), y que sin duda corresponden, también ahora, a una situación mucho más general³⁴. Allí el término tradicional era *fesol*. Hoy, empero, se conocen y se emplean *fesol* y *mongeta*. *Fesol* es el término que habitualmente usan los campesinos de la comarca, cuando hablan entre ellos mismos, y, por supuesto, el único vocablo que aparece cuando se refieren al cultivo (ya que no van a hablar del cultivo con quien no sea, como ellos, un campesino). Ahora bien, todos conocen *mongeta*, y éste es el término que ya se ha convertido en habitual para los propios campesinos, siempre que hablan con forasteros. Ello no quiere decir que el término antiguo (*fesol*) no esté tan enraizado que no provoque, en algunos lugareños, falsas concordancias de género, por ejemplo (adjetivando en masculino *mongetes* —que es femenino—, porque piensan en *fesol*— que es masculino, etc.). Esto, que ocurre con gente mayor y ancianos, muestra lo reciente de un proceso, que, en cambio, los jóvenes parecen haber asimilado casi por completo.

En pocas palabras ya, *mongeta* es, en dichas zonas de confluencia, el «factor de nivelación» (forma «nueva» o «standard»), mientras que *fesol* resiste como término «arrinconado» (forma «antigua» o dialectalizante). En suma, la difusión creciente de *mongeta* en Cataluña es otra muestra de nivelación lingüística (y mejor que la de *patata*), porque en aquella no puede surgir ninguna duda respecto a un presunto castellanismo, aquí a todas luces inexistente.

VI. RESUMEN Y CONCLUSIÓN

26. La dialectología catalana, bien establecida en su momento, daba la impresión de que se mantenía y se transmitía sin modificaciones. No obstante, en buena lógica había que admitir la posibilidad, y, más aún, la probabilidad, de que se produjesen cambios en los rasgos dialectales, en especial a partir de 1930, en que empezaron a actuar una serie de factores sociopolíticos y socioculturales, con-

³³ *Anivellament*, § 10.

³⁴ *Anivellament*, § 10.

ducentes a transformar de raíz la propia sociedad catalana, y, con ella, la lengua en que ésta se expresaba. Las presunciones que podían hacerse a partir de la lógica correspondían a la realidad, y, a partir de 1950, se ha ido verificando una amplia transformación del mapa dialectal de Cataluña. Con ello ha quedado a menudo afectada la frontera que separa el catalán oriental y el catalán occidental, la más importante que quepa fijar en el dominio lingüístico. Éste, por otra parte, posee dos características sociolingüísticas (es macrocéfalo y es unitario) que facilitan sobremanera la nivelación lingüística. Ya en el terreno de los hechos, hemos examinado el comportamiento de la nivelación en la Cataluña estricta, a través de un ejemplo concreto (*patata*, término «nuevo», que se difunde a expensas del «antiguo» *trumfa*). Se trata de un ejemplo que cualquier catalanohablante calificará de evidente, ya que el término «nuevo», que es, al propio tiempo, el «urbano» (y, por ende, el barcelonismo) es el que va desalojando el término «antiguo» (es decir, «rural», «dialectalizante», «local»). A pesar de la aparente evidencia de dicho proceso, surge, no obstante, una duda, un problema de método; al coincidir el cat. *patata* con el vocablo correspondiente en castellano, y, teniendo en cuenta que otra característica sociolingüística del catalán de hoy es su fuerte castellanización (producida por razones bien conocidas), cabe preguntarse si, en este caso, se trata de nivelación interna (difusión de un barcelonismo) o de nivelación desde fuera (asimilación de un castellanismo, que podría tener varios focos de irradiación). Uno diría que, ante una tal situación, hay que admitir una duplicidad de interpretación (y que sólo un estudio de los pormenores permitirá decidir). Con todo, parece que el problema queda zanjado por el paralelismo que hay entre ejemplos como el citado (*patata* / *trumfa*) y otros en los que el término nivelador (o barcelonismo) no tiene nada que ver con el vocablo castellano equivalente (*mongeta* / *fesol*). Visto el paralelismo entre ambos tratamientos, uno se inclina a aceptar que la propagación de las soluciones de la lengua «standard» hacia las zonas dialectales o rurales, aun forzando fronteras idiomáticas respetables, es una manifestación de la nivelación lingüística de que hemos tratado aquí, a partir de las soluciones de Barcelona o, más en general, de la modalidad urbana.

A. M. BADIA MARGARIT